

UNA CONSIDERACIÓN INTEMPESTIVA SOBRE LOS ORIGENES DE LA GUERRA: *DAS GRILLENSPIEL* DE GUSTAV MEYRINK

Luis Montiel

Profesor Titular de Historia de la Ciencia. Facultad de Medicina. Universidad Complutense

Resumen:

Gustav Meyrink escribió en 1915 un relato breve titulado *Das Grillenspiel* (*El juego de los grillos*). Con él pretendía mostrar alegóricamente los motivos ocultos de la Primera Guerra Mundial. Los escasos autores que se han ocupado de la obra del escritor austriaco han interpretado siempre el relato en una perspectiva «ocultista», lo que parece justificado en vista de la dedicación de su autor al esoterismo, así como por la existencia de un texto autobiográfico del propio Meyrink en el que refiere una extraordinaria visión, acompañada de fenómenos telepáticos, que puso en marcha su fantasía para escribir el breve y turbador relato. Sin embargo, el texto es susceptible de una interpretación psicológica, de consecuencias mucho más profundas y graves, avalada por declaraciones de su autor que parecen haber sido pasadas por alto. Esta es la interpretación que se propone en el presente artículo, en el que también se sostiene que la teoría de Meyrink sobre el origen «oculto» de aquella conflagración resulta perfectamente aplicable a las sucesivas tragedias bélicas, hasta llegar a la más reciente, que han oscurecido nuestra historia contemporánea.

Palabras clave: Literatura y psicología; Gustav Meyrink; Guerra e inconsciente.

Abstract:

In 1915 Gustav Meyrink wrote a short story titled *Das Grillenspiel* (*The cricket's play*). There he tries to show the hidden causes of the First World War. The few authors who had previously studied his works consider the story from an «occultist» point of view. That

seems reasonable not only because Meyrink was involved in esoteric researches, but also because he wrote a short autobiographic text, in which he refers a vision, followed by telepathic phenomena, as the origin of the story. However, the text can be read from a psychological point of view as well and there are some statements of his author in this sense. An interpretation like that suggests some deeper and problematic consequences. This paper supports it, and extends Meyrink's «hidden» theory to the most recent events.

Key words: Literature and psychology; Gustav Meyrink; War and unconsciousness.

1. DONDE SE DA CUENTA AL LECTOR DE LOS MOTIVOS Y PRETENSIONES DE ESTE ESCRITO

Hace ahora poco más de un año que leí por primera vez *Das Grillenspiel —El juego de los grillos—*. Preocupado como estaba —y como sigo estando— por el significado de lo que, genéricamente y de manera abstracta, se denomina «el mal» en la economía de lo humano¹, el cuentecillo me impresionó, aunque no sabía aún qué podía aportar a mi reflexión, ni qué lugar debía ocupar en ella. Hoy, a la siniestra luz de la guerra desencadenada sobre Irak, he sentido llegada la hora de volver sobre dicho texto, prácticamente desconocido.

Das Grillenspiel constituye, como anuncio en el título, una consideración intempestiva sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial. Y mi decisión de traerlo a colación en las presentes circunstancias tampoco parece estar muy en consonancia con la sensibilidad ni con el estilo del tiempo presente: de aquí la referencia a Nietzsche². Sin embargo, en ese título hay, lo declaro desde ahora mismo, una pequeña trampa. Pues, como comprobará quien lea de pe a pa mi reflexión, en ella aparece en determinado momento otra referencia, en este caso a Freud, y más exactamente a sus *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*³, escritas, como *Das Grillenspiel*, en 1915, y así mismo con la intención de comprender algunas de las causas menos evidentes de la Gran Guerra; y como el relato de Meyrink, por muy «de actualidad» que pretendieran ser en el ánimo de su autor, resultaron, y aún resultan, intempestivas para buen número de occidentales.

¹ Resultados de esa inquietud han sido hasta ahora: un curso de doctorado sobre «El mal en la literatura del siglo XX»; un capítulo de libro, en curso de publicación, sobre «El trato con el mal en la literatura. Perversión y nazismo en *Le Roi des Aulnes*», y un par de conferencias: «La quiebra de la razón ilustrada: el trato con el mal en la literatura de los siglos XIX y XX» (Ateneo de La Laguna) y «Más acá del bien en el mal. Topografía de la moral en Nietzsche, Mann y Tournier» (Ciclo: «Acerca del mal y la guerra. Testimonios de una sociedad sin causas», (Círculo de Bellas Artes, Madrid).

² Me refiero, como el lector sin duda ha comprendido ya, a sus *Unzeitgemässe Betrachtungen*, título traducido a veces como «*Consideraciones intempestivas*», y otras veces como «*Consideraciones inactuales*».

³ *Zeitgemässes über Krieg und Tod*. Compárese el título con el de la citada obra de Nietzsche.

Probablemente sea el descrédito otorgado a ambos textos uno de los motivos de esta terca reiteración de la barbarie. De aquí que, sin gran confianza en sus efectos, pero con la convicción de su necesidad, me embarque hoy en el análisis del relato olvidado. En parte para hacerlo más comprensible, y en medida no menor como homenaje a quien lo escribió, comenzaré exponiendo una sucinta biografía de Gustav Meyrink.

2. DE CÓMO MEYER SE CONVIRTIÓ EN MEYRINK

Como si de una estrategia publicitaria se tratase, la biografía de Gustav Meyrink, probablemente el creador de la novelística esotérica más compleja del siglo veinte, está llena de lagunas, de preguntas sin respuesta. Parece increíble que no pueda escribirse una biografía cabal de un personaje bastante notorio que vivió en fechas tan relativamente próximas a nosotros (1868-1932). Autores más antiguos cuentan con estudios biográficos donde apenas quedan aspectos en la sombra, excepción hecha de aquellos demasiado íntimos que probablemente el biografiado ha querido ocultar. Quizá sea aquí precisamente donde haya que buscar una respuesta, por más que sea provisional, a la pregunta por la falta de datos sobre algunos eventos, incluso públicos, de la vida de Meyrink. Pues generalmente los escritores que se sabían reconocidos tenían buen cuidado de construir en vida su catafalco espiritual para el culto de las generaciones venideras. En cambio, nuestro autor no tuvo ningún interés en levantar acta de los sucesos «externos» a su vida espiritual, refiriéndose, por el contrario, en sus pocos escritos autobiográficos, a los que podríamos llamar «internos»⁴. En este sentido la coherencia entre la biografía y la obra es máxima. Por ello, en cuanto sigue no tendré más remedio que emplear a menudo el «probablemente» y el «es de suponer» en lo relativo a las peripecias de la existencia social del escritor. Por otra parte, no me propongo ofrecer al lector español una biografía detallada de Meyrink, sino tan sólo dar a conocer aquellos aspectos señeros de la misma que permitan contextualizar mejor su provocativa obra de creación⁵. El primero de ellos es el relativo a las circunstancias de su nacimiento.

⁴ Este es un rasgo que comparte con el creador de la psicología analítica, Carl Gustav Jung (1875-1961): «En el fondo sólo me parecen dignos de contar los acontecimientos de mi vida en los que el mundo inmutable incide en el mudable. De ahí que hable principalmente de las vivencias internas. A ellas pertenecen mis sueños e imaginaciones (...) Al lado de los acontecimientos internos los demás recuerdos, viajes, personas y ambiente se esfuman». *Erinnerungen, Träume, Gedanken von C. G. Jung*. Aufgezeichnet und herausgegeben von Anniela Jaffé, Olten-Freiburg, Walter Verlag (1982), 10-11. Hay traducción española: JUNG, C.G. (2002) *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Barcelona, Seix Barral. Una coincidencia a añadir a las que fundamentan la interpretación de la obra de Meyrink desde la psicología junguiana que propuse en *La novela del inconsciente. El proceso de individuación en la narrativa de Gustav Meyrink*. Barcelona, MRA (1998).

⁵ La práctica totalidad de los datos que expondré proceden de la mejor biografía publicada hasta el momento: SMIT, F. (1988). *Gustav Meyrink. Auf der Suche nach dem Übersinnlichen*. München, Langen Müller.

El diecinueve de enero de 1868 nacía, en el Hotel Blauer Bock de Viena, hijo de la actriz María Wilhelmine Adelaide Meyer, soltera, el que habría de pasar a la historia de la literatura como Gustav Meyrink. Cuando fue bautizado, el cinco de marzo del mismo año, se le impuso ese nombre de pila y quedó registrado con el apellido de la madre, es decir, nació a la existencia civil como Gustav Meyer. Su padre, el barón Friedrich Karl Gottlieb Varnbühler von und zu Hemmingen, era ministro de Württemberg y, aunque no reconoció al niño, probablemente contribuyó económicamente a su sustento y formación y, más tarde, a procurarle una sólida posición que el futuro artista se encargaría de arruinar, bien es cierto que no sin bastante ayuda exterior, como luego veremos. Su infancia y juventud fueron bastante agitadas al tener que desplazarse de acuerdo con las exigencias del trabajo de su madre; así, comenzó sus estudios en Múnich (1874-1880), prosiguiéndolos en Hamburgo (1881-1883) y finalizándolos en Praga, su auténtica patria espiritual, donde residió hasta 1904. En esta ciudad fundó, en asociación con el sobrino del poeta Christian Morgenstern, la Banca Meyer y Morgenstern, para lo cual es de suponer que contó con el apoyo económico paterno. Para la sociedad praguense —o más exactamente, para la clase dominante alemana— el señor Gustav Meyer era un *parvenu*, que por lo demás no se esforzaba en absoluto por resultar agradable. Ciertamente tenía amigos y que frecuentaba distintos círculos, especialmente deportivos y literarios, pero no ocultaba su antipatía por otras personas e incluso tenía fama de duelista impenitente. Se comportaba como un auténtico *snob* y gozaba provocando a la «buena sociedad». Además, desde 1891 manifestó un gran interés por el esoterismo, que le llevó, en este mismo año, a fundar una logia teosófica con el nombre de «La estrella azul». En 1892 se casó con su primera esposa, Hedwig Aloysia Certl y, en el curso de los cuatro años siguientes, se entregó con especial devoción a los estudios ocultistas, así como a la ardiente correspondencia con logias de la más diversa índole⁶. En este apartado me interesa sobremanera señalar la existencia de dos documentos; uno en inglés de 1893, titulado «*Mandale of the Lord of the Perfect Circle*», en el que se nombra al «Hermano Gustav Meyer de Praga» «uno de los siete Archicensores», y se le impone el «nombre espiritual y místico» de Kama. En el otro, una carta procedente de la citada orden «del Apex y del Sat Bhai», se le impone un nuevo nombre, Theravel, explicándole que «traducido al inglés, significa «*i go, i seek, find* (voy, busco, encuentro)». Este es, en adelante, el *motto* de tu vida futura»⁷.

⁶ Por su propio testimonio conocemos los nombres de algunas de ellas: «*Ancient Primitive Rite of Masonry*»; «*Societas Rosicruciana*», de cuyo «Mago Supremo», W. Wynn Westcott, conservaba una carta; «*The Royal Oriental Order of Apex and of the Sat Bhai*»; «*Orden der Illuminaten*», «*Bruderschaft der alten Riten vom heiligen Gral im grossen Orient von Patmos*». Aún más tarde, en la década de los veinte, mantendrá correspondencia con una cierta «*Altnostischen Kirche von Eleusis*», una «*Aquarian Foundation*», una «*Weisse Loge*» y, probablemente, la muy famosa «*Golden Dawn*». SMIT, F. (1988), 154-155.

⁷ *Ibid.*



Desde nuestro privilegiado punto de vista, podemos confirmar este bizarro pronóstico, pues ciertamente tal pudo ser el *motto* de la vida de Meyrink; y nótese que en este caso digo «Meyrink» con toda intención, en el sentido de que, paralelamente a sus bautismos «místicos», impuestos por sus lejanos cofrades, el nacido Gustav Meyer se dará a sí mismo ese apellido en torno a 1900. Lo que empezará siendo un seudónimo literario —la primera incursión de Meyrink en este dominio tiene lugar en 1897— se convertirá progresivamente en el nombre sentido como propio, como revelador de un cambio fundamental en la biografía de quien a sí mismo se lo impone, de modo que, al cabo de un pesado proceso judicial, nuestro autor conseguirá, en 1917, que ese apellido le sea oficialmente reconocido. El dato es importante por dos motivos. En primer lugar porque, al socaire del éxito conseguido en 1915 con *Der Golem*, la familia paterna declaró estar dispuesta a admitirle en su seno y a permitirle usar el apellido Varnbühler, a lo que se negó resueltamente. Y en segundo, por cuanto revela, a mi modo de ver, la deuda que Meyrink tiene para con sus aventuras esotéricas y, al propio tiempo —lo que es más importante— su capacidad para descubrir que lo fundamental para una auténtica transformación espiritual es que sea autónoma. Ni Kama, ni Theravel —por más que, como advertí, el presunto significado de este nombre sea aplicable a nuestro autor— harán de Gustav Meyer quien está llamado a ser; pero sí Meyrink.

En relación con lo anterior existe un texto autobiográfico inédito que resulta revelador. En él Meyrink escribe, supuestamente en edad avanzada, lo siguiente:

Quando aún era joven y con ardiente celo exhumaba todo aquello que se parecía de lejos a los secretos de la magia y del yoga, entré en docenas de hermandades y debí prestar juramentos que podrían poner la piel de gallina; juramentos de silencio sobre cosas que ya entonces me parecía que de por sí podían llegar a ser del conocimiento común. Finalmente me negué a ser iniciado en tan «terribles» secretos, con la incómoda sensación de que a la postre habría que mantener secreto que dos por dos es cuatro⁸.

Tanto en su obra narrativa, tal como puse de relieve en diversos pasajes de mi anterior estudio⁹, como en otros fragmentos autobiográficos, el Meyrink maduro rechazará explícitamente las propuestas esotéricas. Sin embargo, las experiencias cosechadas en estos años y especialmente las lecturas realizadas van a ser fundamentales para la configuración de su personal estilo literario, e incluso para la construcción

⁸ SMIT, F. (1988), 154.

⁹ MONTIEL, L. (1998), 45-46, 61, 92-101, 183-184.

Gustav Meyrink (1868-1932)

del entramado de sus obras mayores. Como ya he señalado, su primera incursión en el mundo de la literatura se produce en 1897, y ya en 1901 su presencia en este dominio empieza a ser más que anecdótica, colaborando con relatos en la famosa revista literaria *Simplicissimus* (1901-1909) y convirtiéndose, en 1904, en redactor jefe de la revista satírica vienesa *Der liebe Augustin*. Pero, en el ínterin, han sucedido eventos decisivos para el ulterior destino del incipiente escritor. En primer lugar, en 1896 conocerá a la que llegará a ser su segunda y definitiva esposa, Philomena (Mena) Bernt. En 1901, y de nuevo en circunstancias no muy claras, tendrá lugar un proceso judicial que, por razones de espacio, no puedo describir aquí, que tendrá como consecuencia la agria enemistad de un funcionario de la policía. Poco más tarde este individuo logró llevarle de nuevo a juicio por un presunto delito económico, haciendo que una cliente le acusara de haber hecho desaparecer unos títulos de crédito depositados por ella en el banco. Meyrink ingresó en prisión preventiva, ocasión que aprovechó su perseguidor para intentar complicar su situación, lo que hizo consiguiendo autorización para un registro domiciliario cuyos resultados, que nada tenían que ver con el motivo del proceso, fueron oportunamente aireados por los enemigos del banquero. Toda la parafernalia gótica de su vivienda, así como los escritos ocultistas en ella encontrados, se convirtió en motivo de exhibición para arrojar una imagen inconveniente del acusado. El proceso, que duró casi dos meses —del 18 de enero al 3 de marzo de 1902— se resolvió de forma oficialmente favorable para Meyrink, pues se pudo probar la falsedad de la acusación, pero repercutió de forma desastrosa en su actividad financiera, pues el escándalo desatado de consuno por las sospechas del comienzo

y por el conocimiento de las «rarezas» del banquero desembocó en la bancarrota de la institución. Con todo, este cambio marcó el inicio de una serie de ellos que iban a convertir a Meyer en Meyrink, el Meyrink que conocemos a través de sus escritos.

En primer lugar, un cambio de residencia: de Praga, la ciudad amada —a pesar de la inquina de ciertos praguenses— a Viena, la gran capital de la cultura, en 1904. Allí, como queda dicho, se incorpora al mundo literario a través de la jefatura de redacción de *Der liebe Augustin*. A continuación, en 1905, se separa de su primera esposa para casarse con la que será su compañera de por vida y madre de sus hijos, Philomena Bernt. A estas alturas el exbanquero es ya relativamente conocido como escritor, pues ha publicado dos volúmenes de relatos: *Der heisse Soldat und andere Geschichten* (1903) y *Orchideen* (1904). En 1907 el nuevo matrimonio, con su primera hija, Sybille Felizitas, nacida en 1906, se traslada a la otra gran capital literaria del mundo germánico, Múnich, donde Meyrink publica otro volumen de relatos, *Wachsfigurenkabinett*, en 1907. Este mismo año nace su hijo Harro Fortunat y comienza la redacción de *Der Golem*.

3. DE CÓMO MEYRINK SALIÓ EN BUSCA DE SÍ MISMO.

En este punto nos vemos obligados a hacer alto, pues lo que esta primera novela representa difiere sustancialmente de lo exhibido hasta ahora en los relatos fantásticos, de terror o satíricos de los tres primeros volúmenes, y requiere una vuelta atrás, al menos hasta 1891, año en el que se produce un hecho que, al decir de Meyrink, será decisivo en su vida, aunque sus efectos no se dejarán ver —al menos en lo puramente literario— hasta llegar precisamente al *Golem*. Se trata de la irrupción en su vida de un personaje al que, en un escrito publicado póstumamente, llama *der Lotse* —el práctico, el piloto que conduce los barcos al fondeadero evitando los bajíos—. Merece la pena transcribir íntegramente el fragmento en el que Meyrink da cuenta de la aparición de este extraño personaje:

Faltaba un día para que se renovara para mí por vigesimocuarta vez el día de la Ascensión de María a los cielos; me encontraba en Praga, sentado ante mi escritorio en mi habitación de soltero, introducía en el sobre la carta de despedida que había escrito a mi madre y cogía el revólver que ante mí tenía; pues quería emprender el viaje sobre el Stix¹⁰, quería arrojar de mí una vida que me parecía hueca, sin valor y pobre en consuelos para el futuro.

En ese instante subió a bordo del barco de mi vida «el piloto con la capucha de la invisibilidad sobre el rostro», como le llamo desde entonces, y tomó el timón. Escuché

¹⁰ He tenido algunas dudas en lo referente a la traducción del término empleado por Meyrink en este punto. En español es común referirse a «la (laguna) Estigia» cuando se pretende hablar poéticamente de la muerte. Sin embargo, Stix nombra más exactamente al río que desemboca en el Hades, y la frase de Meyrink hace pensar más bien en esta acepción.

un leve ruido junto a la puerta de la habitación que daba al descansillo, y al darme la vuelta vi que algo blanco se deslizaba en la habitación a través de la rendija sobre el umbral. Era un cuadernillo impreso. Cuando dejé el revólver, lo recogí y leí el título, no me movía ni la excitación de la curiosidad ni el deseo secreto de escapar a la muerte: mi corazón estaba vacío.

Leí: «Acerca de la vida después de la muerte».

«¡Notable casualidad!», es el pensamiento que quería abrirse paso en mí. Pero apenas salió de mis labios la primera de estas palabras. Desde entonces no he vuelto a creer en la casualidad, sino en el... piloto¹¹.

No me interesa preguntarme por la sinceridad de Meyrink cuando asegura que no se volvió hacia el escrito como quien lo hace hacia el tópico «clavo ardiendo». Sospecho que es sincero, aunque estoy dispuesto a aceptar que, por debajo de su consciencia, hay otras fuerzas operando. En el fondo, poco importa, pues esas fuerzas, igual que la «casualidad» de la llegada del cuadernillo —el pretexto— forman parte de esa misteriosa entidad, *der Lotse*, el piloto. El cuaderno procedía de una librería especializada en publicaciones esotéricas y puso a Meyrink en esa vía de la que ya he dado cuenta y que ya ha abandonado cuando redacta su escrito sobre el piloto. En sus textos autobiográficos, parcialmente recopilados después de su muerte en el volumen titulado *Das Haus zur letzten Latern* —*La casa junto al último farol*, como la del *Golem*, que dio nombre a la que el propio Meyrink habitó durante años junto al lago Starnberg— el autor nos da cuenta de algunas de sus experiencias ocultistas, como también en el campo de la alquimia —*Wie ich im Prag Gold machen wollte [De cómo intenté hacer oro en Praga]* (1928)—, con el hachís —*Haschisch und Hellsehen [Hachís y clarividencia]* (1927)— y con el yoga —*Fakirpfade [Senderos de fakir]* (1907), *Tantrikyoga [Tantra yoga]* (1932)—. Pero parece claro que, en la época del *Golem*, su confianza en las técnicas esotéricas de toda laya está dejando paso a una convicción muy diferente. La novela es bastante explícita al respecto, pero más aún lo es una carta fechada en junio de 1917, en la que se leen párrafos como estos:

Lo único que merece la pena buscar es el Yo más íntimo, ese yo que somos y siempre hemos sido, sin ser conscientes de ello. Este yo es siempre sujeto, es puro espíritu, libre de la forma, del tiempo y del espacio (...) El yo más íntimo es delicado como una mariposa; y uno debe marchar hacia lo más íntimo a través de lo completamente sutil, fino, delicado, evidente. «Ganar el reino de los cielos por la fuerza» es hoy inapropiado, sólo para fakires. Cada época tiene su otro camino. El camino más puro hacia lo más íntimo es delicado (...) La mejor llave se llama... ¡jalegría! Confianza alegre: «sé que tú, mi yo, eres omnipotente, aunque no te encuentre; sé que nada de lo que hago es pecado a

¹¹ MEYRINK, G. «Der Lotse». En: (1993) *Das Haus zur letzten Latern*. Hrsg. von E. Frank, Frankfurt a.M./ Berlin, Ullstein, 286-292, cit. p. 286.

tus ojos; haz obrar la palabra mágica en mí» (...) Dios es el yo. Fuera del yo no hay ningún dios. Esto mismo dice, en el fondo, la Cábala, aunque de forma oculta¹².

Acerca de esa entidad que Meyrink denomina «Yo», el «Yo más íntimo», me permito remitir al lector a lo explicado en mi anterior trabajo sobre el autor¹³, pues constituye el núcleo de la interpretación de la obra «ocultista» y «gótica» de Meyrink en clave psicológica. En adelante, todo el trabajo espiritual del escritor estará encaminado a favorecer la eclosión de esa semilla, el despliegue de esa potencialidad oculta, hasta entonces desconocida. En la carta dirigida a un cierto Müller en julio de 1917, que, según parece, acompañaba a un folleto cuyo fin era, precisamente, favorecer la inmersión en el propio interior abstrayéndose de lo circundante, escribe Meyrink:

Le adjunto el folleto mencionado. No preste atención a los detalles accesorios. Le aconsejo que transcriba los ejercicios del yo [«Ich»-Übungen en el original] y, si los practica diariamente, sin dejar de repasarlos de vez en cuando, se irá deslizando de forma singular.

El mandato violento está muy bien, pero sólo para aquellos que están intimidados por un dios (un ídolo) exterior. Quien, como usted, busca desde hace tanto tiempo, encuentra mucho más fácilmente lo más íntimo mediante una sutil delicadeza. Lo más íntimo es aún más interno que lo gráficamente íntimo; es como un tímido animal salvaje que huye cuando uno mueve la mano.

Lo más íntimo no está condicionado por el espacio ni por el tiempo, y sólo es perceptible por sus efectos. Usted debe adoptar este punto de partida: ya está aquí, no necesito buscarlo; si lo busco, es que tengo dudas acerca de su presencia (...) Y no hay que pretender disminuir lo más íntimo sometiéndolo al yugo de los propios deseos. Pues es su voluntad, y sólo su voluntad, la que actúa, y es una voluntad más certera. No existe un dios ajeno. Los dioses están sometidos al hombre¹⁴.

Aún más explícito es nuestro autor con un interlocutor diferente:

Me ha llamado usted «buscador de Dios». No me parece acertado; no soy alguien que busca a Dios, soy alguien que pierde a Dios. No sabemos nada sobre Dios, ni sobre el fantasma que construimos en nuestra fantasía, el ídolo al que llamamos «Dios», que solamente nos obstruye el paso hacia el único al que podemos encontrar: el camino hacia uno mismo¹⁵.

Gustav Meyrink murió el cuatro de diciembre de 1932. Hasta el último momento siguió buscando ese fondo íntimo que, para él, constituía lo único valioso, lo úni-

¹² Cit. en SMIT, F. (1988), 226.

¹³ MONTIEL, L. (1998), 68-76.

¹⁴ Cit. en SMIT, F. (1998), 227-228.

¹⁵ *Ibid.*, 230.

co verdadero. A su esposa y a su hija les confió a este respecto: «ahora encontraré la respuesta a la pregunta de toda mi vida»¹⁶.

Sobre su tumba, en el cementerio de Starnberg, hizo grabar una cruz de brazos iguales inscrita en un círculo, y en cada uno de los cuadrantes una letra: V-I-V-O.

4. DE CÓMO SURGIÓ «EL JUEGO DE LOS GRILLOS»

Meyrink publicó *Das Grillenspiel* el 17 de agosto de 1915, es decir, en la misma época que *Der Golem*, lo que nos permite dar por sentado que el trasfondo psicológico de la novela necesariamente debe estar presente también en el relato breve. No pretendo con esto asegurar que el escritor sea absolutamente consciente de cuanto sabe, pero sí que, aun cuando en *Das Grillenspiel* el decorado ocultista es más evidente, no sería razonable pensar en una «recaída» en el más crédulo esoterismo, sobre todo porque, como creo haber mostrado en *La novela del inconsciente*, el trabajo del escritor en la dirección tomada en *Der Golem* no se interrumpió en los años siguientes. Lo que ocurre, sin ningún género de duda, es que en la obra que voy a analizar, como en la totalidad de la obra —y de la vida— de Meyrink, lo psicológico se manifiesta con la indumentaria de lo esotérico. Y en este caso, además, lo que sabemos acerca del origen del relato lo muestra en grado sumo. Una vez más, como siempre que el escritor se plantea un tema verdaderamente acuciante, lo inconsciente irrumpe en forma de visión, lo más íntimo se presenta como foráneo, de tal modo que la narración de la experiencia de la que surgió *Das Grillenspiel* contribuye en gran medida a comprometer la credibilidad que un lector racionalista podría decidirse a otorgarle. Dicha narración se publicó bajo el título *Meine merkwürdigste Vision —La más notable de mis visiones—* en la recopilación póstuma realizada por Eduard Frank en 1973 bajo el título *Das Haus zur letzten Latern*¹⁷. En síntesis, lo que en esas páginas refiere Meyrink es que, encontrándose un día del otoño de 1915 reflexionando sobre las causas de la Guerra Mundial, se le apareció un extraño personaje con aspecto asiático, tocado con un extraño gorro de color rojo, cuyos rasgos dio luego el escritor al personaje del Dugpa de su relato, del que me ocuparé en breve. La interpretación que dio a su visión fue esta:

Los ocultistas asiáticos aceptan que existe una secta chino-tibetana, llamada de los Dugpas, que actúa como instrumento directo de las fuerzas destructivas «diabólicas» en todo el mundo¹⁸.

¹⁶ *Ibid.*, 284.

¹⁷ MEYRINK, G. (1993), 282-285.

¹⁸ *Ibid.*, 282-283. Yvonne Caroutch ha señalado en este punto un error de Meyrink que atribuye a una información incorrecta procedente de los escritos teosóficos de Mme. Blavatsky. Los Dug-Pa constituyen, en efecto, una secta secreta que practica la magia negra; pero el gorro rojo es característico de los Dug-pa, rama de los Kagyu-pa o «gorros rojos», budistas tántricos tibetanos. CAROUTCH, Y. (1976) en

A partir de esta visión escribió el relato que enseguida comentaré, y lo publicó en *Simplicissimus*. Pero lo extraño de la historia de sus orígenes no acaba aquí; pues, meses más tarde, recibió la carta de un desconocido, un artista pintor de Breslau llamado Höcker, quien le refería una visión idéntica que él mismo había tenido, y que le había impulsado a echarse a la calle en busca de la revista. Cuando, en respuesta a su demanda, intentaron venderle el último número, tuvo la certeza de que no era aquél el fascículo que buscaba y consiguió dar con el número atrasado en el que aparecía el relato. Todo esto —aseguraba— lo había hecho sin saber por qué, y preguntaba al escritor si podía darle una explicación satisfactoria. Meyrink declara haber pensado, en un primer momento, que se trataba de una superchería: «*otro que pretende hacerse el interesante*», escribe, recordando sin duda pasadas experiencias de ese jaez. Pero entonces cayó en la cuenta de un detalle singular: en el relato el Dugga inicia el macabro «juego de los grillos» concentrando la luz del sol con un prisma. En la visión de Meyrink el personaje no llevaba en la mano un prisma, sino un diapasón; él mismo pudo confirmarlo al cotejar las notas que había tomado en el momento, aunque luego, por razones literarias, decidió sustituir el instrumento por el cristal mineral. Y en la carta de Höcker estaba escrito, negro sobre blanco, que la criatura de su visión llevaba un diapasón en la mano¹⁹.

Estos extraños precedentes dan pábulo, desde luego, a la sospecha de que el escritor no se ha liberado aún del lastre ocultista; pero tal sospecha no está justificada. En primer lugar, porque en las líneas del texto que acabo de transcribir el vocablo *diabólicas*, aplicado a las fuerzas del mal, aparece entrecomillado. En segundo, porque justo antes, al describir la figura humana que identifica como perteneciente a un Dugga, escribe: «*me pareció que la visión era una especie de respuesta simbólica*»²⁰ (subrayado mío). Pero, además, hay otro entrecomillado pocas líneas más lejos, y en un contexto en el que tal artificio casi resulta ocioso: compruébelo por sí mismo el lector:

Entonces —es decir, después de la visión— me senté y escribí el relato *Das Grillenspiel*, en el que explicaba las causas «ocultas» de la guerra. Elaboré las circunstancias escenográficas a partir de otras visiones que siguieron a la del hombre. El marco de la historia lo construí a base de pura fantasía²¹.

nota a su edición francesa del artículo de Meyrink «Mon éveil à la voyance», en CAROUTCH, Y. (Ed.) (1976) *Cahier Gustav Meyrink*. Paris, L'Herne, 113-118.

¹⁹ MEYRINK, G. (1993), 285.

²⁰ *Ibid.*, 282.

²¹ *Ibid.*, 283.

En mi opinión la lectura atenta y libre de prejuicios del breve texto muestra, como tantas otras veces, que Meyrink «sabe» más de lo que parece, pero lo «sabe» de otro modo: inconscientemente. El mensaje de su cuento cruel no es: «una secta secreta tibetana de adoradores del diablo ha puesto en marcha, con sus sortilegios, las fuerzas de la destrucción», como algunos parecen creer²², sino otro bien distinto. En apoyo de esta afirmación traeré a colación otro relato de nuestro autor —*Der violette Tod* («La muerte violeta») —, publicado algunos años antes y recogido en la recopilación realizada en 1913 bajo el título *Des deutschen Spiessers Wunderhorn*²³. En «La muerte violeta» aparecen esos mismos Dugpas tibetanos, pero en este caso al servicio de una intención satírica, casi cómica, del escritor; aunque como siempre que se habla de sátira hay que sospechar la presencia de una crítica, incluso de una moraleja. O bien el punto de vista de Meyrink sobre la realidad de los poderes de estos individuos ha cambiado radicalmente en un par de años, o tenemos que considerar que las libertades que con ellos se toma están, en efecto, al servicio de intenciones concretas y diferentes en cada caso, que perfectamente pueden desbordar los márgenes de la mera técnica literaria. También en la última novela de Meyrink, *Der Engel vom westlichen Fenster*²⁴ (1921) aparece un Dugpa, y como demostraré si algún día concluyo mi análisis de la misma, debe considerarse a todos los efectos como una figura simbólica, igual que, por ejemplo, el Golem de la novela homónima. Pero vayamos, por fin, al relato²⁵.

5. DE CÓMO JUGAR CON GRILLOS SE CONVIERTE EN JUGAR CON FUEGO

²² Después de sugerir interesantes interpretaciones simbólicas del relato, el autor del único trabajo que he conseguido encontrar sobre el mismo las descarta diciendo: «A la postre, hay que recalcar que el *Grillenspiel* de Meyrink apenas ofrece la posibilidad de obtener resultados satisfactorios de este tipo de interpretaciones. Resulta patente que el texto fue escrito rigurosamente en función de la declaración de intenciones ocultista del autor». MEISTER, J. Ch. (1988). «Die mytische Semiotik der Phantastik: Zum Diskurs der phantastischen Literatur am Beispiel der Novelle *Das Grillenspiel* von Gustav Meyrink». *Acta Germanica*, Bd. 19, 28-48.

²³ Utilizo la edición de Ullstein, Berlin (1992), 332-340.

²⁴ Existe traducción española de esta obra: *El ángel de la ventana de Occidente*. Barcelona, Muñoz Moya y Montraveta (1986).

²⁵ MEYRINK, G. (1981) «*Das Grillenspiel*». En: *Fledermäuse. Erzählungen, Fragmente, Aufsätze. Herausgegeben von Eduard Frank*. München, Langen Müller, 53-67.

La narración comienza con la descripción, fuertemente satírica²⁶, de una reunión de naturalistas en la sala de un museo. Todos están pendientes de las noticias que su presidente va a darles de un colega enviado en busca de ejemplares entomológicos desconocidos al sur de China y norte de la India. El nombre del aventurero está, para mí, cargado de significado²⁷: Johannes Skoper. Pienso que el apellido hace referencia al verbo griego *skopein* —mirar—, del que procede una de las desinencias más utilizadas en el vocabulario científico y tecnológico: estetoscopio, oftalmoscopio, radioscopia... El microscopio ha sido durante mucho tiempo el instrumento emblemático de la ciencia natural, como muy bien supo mostrar E.T.A. Hoffmann en su *Meister Floh* (*Maese Pulga*, 1822), donde nos muestra a dos naturalistas de ficción, aunque portadores de apellidos auténticos y venerables —Leeuwenhoek y Swammerdamm²⁸— peleando a golpes de dicho instrumento. De este modo, Johannes Skoper podría significar «Juan Observador»... o «Juan Mirón». Y conviene no olvidar la larga nómina de personajes legendarios castigados por mirar lo que no debían.

Pues bien: este Johannes Skoper, a quien razonablemente hay que dar por muerto, ha hecho llegar a sus colegas algunos escritos, entre los que destaca una carta en la que informa de la aventura funesta que constituye el argumento del relato, y un único frasco que contiene un ejemplar desconocido, una nueva especie de grillo de color blanco. La carta está fechada, como señala el director de la reunión, Doctor Goclenius, «en Buthan, Tíbet sudoriental, el uno de julio de 1914, es decir, cuatro semanas antes del comienzo de la guerra»²⁹. De inmediato se menciona en el escrito el grillo blanco «que los chamanes utilizan con fines mágicos y que denominan Phak³⁰, palabra que designa igualmente de manera injuriosa todo aquello que se parece a un europeo o a un hombre de raza blanca», así como la noticia llevada a su campamento por unos peregrinos de que en las cercanías se encontraba «un Dugpa muy importante, uno de esos sacerdotes del diablo

²⁶ El lector español familiarizado con la obra de Meyrink a través de traducciones tal vez ignora que nuestro autor era un satírico de primer orden, como ponen de relieve muchos de sus relatos breves, desafortunadamente nunca traducidos a nuestro idioma.

²⁷ En mi obra citada recojo numerosos ejemplos de esta forma de proceder de Meyrink en sus novelas. También en los relatos se encuentran sin excesivo esfuerzo: un viejo profesor muerto de hambre se llama Hiob Paupersum (Job Soypobre), hay un Doctor Sacrobosco (Bosquesagrado) Haselmayer y el visitante a los «devoradores de tiempo» se apellida Obereit («más que purulento»). Hay traducción española de los relatos en los que aparecen los dos últimos: MEYRINK, G. (1987) *El cardenal Napellus*. Madrid, Siruela.

²⁸ Meyrink utilizó así mismo este apellido para uno de los personajes de su novela *Das grüne Gesicht* (1916). Existe traducción española: *El rostro verde*. Málaga, Sirio, 1988.

²⁹ MEYRINK, G. (1981), 54.

³⁰ No quisiera llevar demasiado lejos mi pesquisa etimológica; tal vez Meyrink ha inventado sin más pretensiones este nombre; pero no deja de ser curioso que guarde, como Skoper, cierta similitud con el vocabulario oftalmológico. *Phakos* es el vocablo griego para nombrar el cristalino del ojo, y ello porque el cristalino es una lente, y *phakos* significa en griego «lenteja» y, por extensión, todo lo que tenga aspecto lenticular.

*temidos en todo el Tibet» que «afirman ser descendientes directos del demonio de las amanitas». ¿Por qué negarse a ver, en este último dato, un guiño psicológico del autor? Para nosotros, «el demonio de las amanitas» es la muscarina, el alcaloide tóxico y alucinógeno producido por las variantes venenosas de estos hongos, de tan larga tradición religiosa en la historia de la humanidad³¹. Otro relato de Meyrink lleva por título «*Bal macabre*»³² y describe, en medio de un ambiente inquietante, alucinado, una intoxicación colectiva por este alcaloide; de hecho las víctimas forman parte de un selecto y casi secreto «Club Amanita». Así, «un descendiente directo del demonio de las amanitas» podría perfectamente significar «el resultado de una alucinación de origen psicodélico». De ser correcta esta hipótesis quedaría abierta la posibilidad, rechazada por Meister (el autor citado en la nota 22), de una interpretación alegórica del cuento. En este sentido apunta también otra información transmitida por los peregrinos: se trataría «*de un ser que no puede definirse como humano*³³ y que puede 'atar y desatar'; en una palabra, alguien para quien, gracias a su capacidad para reconocer el espacio y el tiempo como ilusiones, nada es imposible sobre esta tierra»³⁴.*

De inmediato el «descubridor» —Skoper— manifiesta su deseo de conocer a tan singular personaje, a lo que su guía se opone argumentando que alguien así jamás manifestaría sus poderes a un blanco. Y el motivo no es la simple xenofobia, sino el hecho de que «*no asumiría la responsabilidad*» implicada en el ejercicio de los mismos a demanda de un infiel. Al ser interrogado sobre qué responsabilidad es esa, el guía, que declara ser un iniciado en los misterios, explica:

A causa del desorden provocado en el reino de las causas se vería de nuevo implicado en el torbellino de la reencarnación, o bien en algo aún más grave³⁵.

La mención de la reencarnación lleva al sabio europeo a preguntar a su guía sobre sus creencias acerca del alma. Surge así un diálogo³⁶ en el cual, además de poner de manifiesto las discrepancias entre la espiritualidad occidental y la oriental, Meyrink aprovecha para deslizar de nuevo su creencia en una instancia psíquica que des-

³¹ MARTINEZ PEREZ, J.; GONZALEZ DE PABLO, A. (1989). «Alucinógenos, éxtasis y religión. Los orígenes del consumo de drogas». *Jano*, XXXVI- 848, 17-64 (cit. p. 63).

³² El relato forma parte de la ya citada recopilación, *Des deutschen Spiessers Wunderhorn* (1913). En la edición que he utilizado (1992) se encuentra en pp. 62-69.

³³ De nuevo me veo obligado a remitir al lector a *La novela del inconsciente*, donde me ocupo de este género de personajes en las grandes novelas de Meyrink interpretándolos como otras tantas figuras del Sí mismo (*Selbst*) de la psicología analítica junguiana.

³⁴ MEYRINK, G. (1981), 55.

³⁵ MEYRINK, G. (1981), 56.

³⁶ *Ibid.*, 57-58.

borda los límites del «Yo» hacia un territorio fronterizo en el que se roza, sin confundirse con ella, la noción clásica de la divinidad:

- Según tus creencias —pregunta Skoper—, ¿un hombre tiene un alma?
- Sí y no (...)
- Si te mato, ¿seguirás viviendo o no?
- No puedes matarme
- ¡Sí!
- ¡Prueba! (...) No puedes quererlo. Detrás de tu voluntad se encuentran tus deseos, de los cuales conoces algunos, y desconoces otros. Y ambos son más fuertes que tú.

El tosco caravanero acaba de mostrar el inconsciente al orgulloso científico. Pero está a punto de desvelarle algo más:

- ¿Qué es, entonces, el alma según tu religión? ¿Tengo yo alma?
- Sí.
- Y si muero, ¿mi alma seguirá viviendo?
- No.
- Pero tú crees que tu alma seguirá viviendo después de la muerte.
- Sí. Porque tengo un... nombre.
- ¿Cómo que tienes un nombre? ¡Yo también tengo un nombre!
- Sí. Pero tú no conoces tu verdadero nombre, y entonces no lo posees. Lo que tienes por tu nombre no es más que una palabra vacía de sentido que tus padres han inventado. Cuando duermes, lo olvidas. Yo no lo olvido cuando duermo.
- Pero cuando estés muerto, ¿tampoco tú lo sabrás!
- No; pero el maestro lo conoce y no olvida, y cuando él lo pronuncie resucitaré. Pero sólo yo, y ningún otro; pues soy el único que posee ese nombre. Nadie más lo lleva. Lo que tú llamas tu nombre, muchas gentes lo tienen en común contigo: como los perros.

Para la sociedad de la que procede, Johannes Skoper se caracteriza por su rol y, aunque valorado, es perfectamente reemplazable: si él no los consigue, ya irá otro especialista a buscar los ejemplares deseados por su comunidad científica. Parafraseando lo que, años más tarde, escribirá su creador en *El dominico blanco*³⁷, cualquiera puede ser no ya un Juan, sino sobre todo un «Skoper». Como la gran mayoría de occidentales, vive en el mundo de lo concreto, de las acciones, y probablemente el

³⁷ «*Cualquier hombre es un Taubenschlag (palomar), pero no todos son Christopher*» (cristóforos, portadores de Cristo). MEYRINK, G. (1981). *Der weisse Dominikaner. Aus dem Tagebuch eines Unsichtbaren*. München, Langen Müller, 11. Hay traducción española: *El dominico blanco*. Barcelona, Planeta, 1987. La frase citada hace referencia al nombre del protagonista, expósito al que se da el apodo de Taubenschlag, cuya peregrinación espiritual le lleva a ganar el nombre de Christopher. Cfr. MONTIEL, L. (1998), 138-139.

único *nombreamiento* que espera y desea, para ser reconocido y reconocerse, es el de miembro distinguido de alguna academia. Muy diferente a ésta es la aspiración del guía, en la que es fácil encontrar algún parentesco con el misterioso «vivo» de la tumba de Meyrink:

El verdadero maestro está en todas partes, y puede no estar en ninguna si lo desea (...) Un nombre sólo está cuando se le pronuncia, y deja de estar cuando no se le pronuncia.

Así, cuando muera, el guía será uno con el maestro. Entonces —le pregunta Skoper— ¿habrá dos maestros?, a lo que responde el asiático: «¿cree que puede haber dos cosas perfectamente idénticas sin ser una sola y misma cosa?». En el fondo la religión occidental ha sostenido lo mismo durante dos milenios. La diferencia es que en la opción unilateral por un Dios del Bien, abrumadoramente inhumano —pues, ¿qué ser humano hace sólo el bien?— no ha habido más remedio que llevarse *fuera*, e incluso *muy lejos*. Pero el temible maestro asiático parece estar, por el contrario, muy cerca, si bien se trata de un maestro de «*la vía de la mano izquierda (...) un camino espiritual lleno de horror y de abominación*»³⁸. No es extraño que Skoper se sienta atraído, como tampoco que, finalmente, su guía consienta en conducirlo a su presencia, bajo la expresa condición de que será el europeo quien asuma toda la responsabilidad de cuanto pueda suceder.

Cuando por fin se produce el encuentro, el Dugpa, cuya figura describe Meyrink con los rasgos que presentaba en su visión, vuelve a interrogar a este respecto a Skoper, subrayando que su aceptación incluye el desconocimiento de las responsabilidades que asume. Una vez que esto queda claro el misterioso personaje le pregunta si desea presenciar el sortilegio de los grillos. En el escrito dirigido a sus colegas declara Skoper haber presenciado semejante truco, realizado por charlatanes, en algunas ciudades orientales, aunque, decidido a seguir la corriente al Dugpa, acepta sin hacer ningún comentario. El místico del mal le conduce entonces hasta un pequeño relieve del terreno semejante a una mesa y le pide un pañuelo blanco con el que cubrirlo. El científico rebusca en sus bolsillos y lo único que encuentra semejante a lo demandado es un mapa de Europa. Entonces, el Dugpa hace sonar una campanilla de plata y, de todos los agujeros visibles y menos visibles del suelo comienzan a aparecer millares de grillos. Skoper, que reconoce que esto es lo que esperaba, por haberlo visto en

³⁸ MEYRINK, G. (1981), 55. En sus escritos sobre las religiones Jung señaló a menudo como uno de los defectos psicológicos de la construcción religiosa cristiana el «cuarto excluido»: al lado de una Trinidad del bien faltaba un ingrediente de lo verdaderamente humano, el principio del desorden —si se quiere, del mal—. Y no puede haber experiencia psíquica de la totalidad sin el trato con el mal. Cfr. MONTIEL, L. (1998), 155-156, 179.

los bazares de aquellas ciudades, se ve en todo caso sorprendido por la ingente cantidad de ejemplares, así como por el hecho de que pertenecen «a una especie desconocida por la ciencia»—luego sabremos que se trata de los *Phak*, los grillos blancos—, y en medida no menor por su comportamiento:

En cuanto se subían al mapa (...) comenzaban a describir círculos al azar. Luego formaban grupos y se examinaban mutuamente con desconfianza.

En ese momento el Dugga, por medio del prisma de cuarzo, concentra los rayos del sol sobre la masa de grillos que cubre el mapa de Europa; y esto es lo que sucede:

Un par de segundos después los grillos, hasta entonces tranquilos, se transformaron en un amasijo de cuerpos de insectos desgarrándose mutuamente de la manera más abominable que quepa imaginar. No puedo describir este espectáculo tan repugnante (...) Ordené al Dugga que lo detuviera al instante. Había guardado ya el prisma y se contentó con encogerse de hombros. Me esforcé en vano por separarlos con un bastón; pero su loco instinto sanguinario no conocía límites. Nuevas cohortes de grillos llegaban sin cesar y se amontonaban sobre la horrible masa movediza que se elevaba cada vez más, hasta alcanzar la estatura de un hombre. Hasta donde llegaba la vista el suelo hormigueaba de insectos que se habían vuelto locos. Una masa blancuzca de grillos que se aplastaban mutuamente fluía hacia el centro, animada por un solo pensamiento: matar, matar, matar. Algunos grillos, medio destrozados, que habían caído del montón sin poder volver a incorporarse a él, se laceraban con sus propias pinzas³⁹.

Poco a poco, por obra de esa salvaje destrucción, el número de grillos disminuye, hasta que la masacre se detiene. Skoper, aún conmovido, pregunta a su guía mientras contempla al Dugga, ajeno al espectáculo, profundamente concentrado, como con la mente en otra parte, qué es lo que hace éste a la sazón. Y el guía le contesta: «*ata y desata*»⁴⁰. A partir de ese momento Skoper no deja de obsesionarse con esas palabras y con la pregunta lancinante sobre su auténtico significado. Reconoce haber quedado sentado durante largas horas, ante el inmóvil Dugga, hasta que, en el crepúsculo —escribe—, la torturante frase «*se convirtió en algo horrible en mi cerebro: imaginé que el movedizo montón de grillos se transformaba en millones de soldados muertos*»⁴¹.

6. DE CÓMO EL JUEGO DE LOS GRILLOS DESEMBOCA EN UNA NOCHE DE WALBURGA DE DIMENSIONES CÓSMICAS

³⁹ MEYRINK, G. (1981), 63-64.

⁴⁰ *Ibid.*, 65. Se ha señalado el papel de *Leitmotiv* de esta frase en el relato. Cfr. MEISTER, J.Ch., (1988), 37, 40, 43, y FRANK, E. «*Nachwort. Fledermäuse und Unbekanntes aus dem Haus zur letzten Latern*. Herausgegeben von Eduard Frank. En: MEYRINK, G. (1981), 397-433, cit. en 405, aunque en ambos casos atribuyéndole un significado mágico.

⁴¹ MEYRINK, G. (1981), 65.

Como ya he señalado, los pocos críticos que se han ocupado de la obra —al menos los pocos de quienes he llegado a tener noticia— han interpretado el relato desde el punto de vista del pensamiento mágico. Y no les faltan razones para hacerlo. Desde el comienzo he advertido que Gustav Meyrink no fue un individuo corriente y que sus descubrimientos en el dominio de lo inconsciente, nada científicos por pertenecer de lleno al terreno de la vivencia, llegaron por los complicados caminos del ocultismo y de la mística, y a menudo mediante sus técnicas y con su lenguaje. En el capítulo de su biografía correspondiente a este período Frans Smit muestra con todo rigor hasta qué punto están entretejidos esoterismo y voluntad de esclarecimiento racional en el pensamiento del escritor. Sin embargo, creo que la lectura del relato permite una interpretación que va más allá —¿o más acá?— de la técnica literaria de lo fantástico (como sostiene Meister) y de la pura defensa, literaria o teórica, del gran principio de la magia, la *actio in distans*, como parece defender Eduard Frank.

Para ello, nada mejor que regresar al texto. Después de su terrorífica experiencia, Johannes Skoper declara sentirse obsesionado «por un sentimiento de responsabilidad monstruoso que (...) [le] torturaba tanto más cuanto más en vano [se] esforzaba por encontrar sus raíces»⁴². ¿Puede, acaso, sorprendernos esta declaración, sin salirnos de la lógica del relato? ¿No ha asumido él mismo toda la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir, fuera esto lo que fuese? Es posible que, desde un punto de vista literario, haya que considerar la frase «ata y desata» como *Leitmotiv* de la narración; pero, ¿es, acaso, el único? ¿No se repite también, hasta la extenuación, el motivo de la «responsabilidad»⁴³? Casi tengo la impresión de que los escasos —y por otra parte, muy buenos— estudiosos de Meyrink se han dejado «tentar» por el demonio tibetano para permanecer ciegos y sordos a la noción de «responsabilidad», malévolamente deslizada por el escritor en su cuento cruel. Si algo se afirma con la más absoluta claridad, incluso machaconamente, en el relato es que Johannes Skoper es el único responsable de cuanto ocurre. Así, la tesis de que habrían sido las fuerzas ocultas de lo demoníaco, puestas en obra por una secta de adoradores del diablo asiáticos, las responsables de la guerra cae por tierra sin remisión.

¿Cómo interpretar, entonces, el relato en toda su complejidad —una complejidad que, por otra parte, no parece haberle sido reconocida—? A mi parecer, el personaje de Skoper representa, más aún que el grillo llamado *Phak*, al hombre occidental cuyas limitaciones en el campo de lo espiritual desea poner de relieve Meyrink, por

⁴² *Ibid.*

⁴³ La misteriosa frase: «*er löst und bindet*», escrita de ésta o de otra forma, se repite cinco veces; la noción de *Verantwortung* —responsabilidad— aparece también en cinco ocasiones, aunque la palabra se repite en dos de ellas; con lo cual se deja escuchar siete veces en las catorce páginas del relato. Y mientras que la sentencia mágica está rodeada de un halo de misterio —lo que, por otra parte, parece lógico—, la noción moral se afirma en cada caso enfáticamente —lo que, por otra parte, parece muy peligroso—.

creer que a ellas les corresponde una parte enorme, no reconocida, en la *responsabilidad* por la guerra. El europeo unilateralmente racional, volcado hacia lo visible y hacia la manipulación técnica del mundo –recuérdese lo dicho al comienzo— desdeña todo aquello que no accede a su cerebro a través del cristalino –*phakos*— del ojo. Lo invisible es, para él, inexistente. Y lo inconsciente es invisible; peor aún: es algo que produce efectos –sueños, visiones, alucinaciones— sin causa, es decir, opera igual que la *magia*, lo que equivale a decir que nada tiene que ver con la ciencia, y por tanto debe ser relegado al dominio de la superstición. Tal es, por otra parte, la actitud de muchos científicos contemporáneos respecto del psicoanálisis, el mayor esfuerzo intelectual por comprender los aspectos inconscientes del psiquismo humano, con todas las limitaciones que hay que reconocerle a este dominio de la investigación psicológica y médica en su situación actual⁴⁴.

La culpa de «Skoper» –del europeo— consiste en hacerse alegremente responsable de las consecuencias de la puesta en marcha –de la puesta en libertad— de algo en lo que no cree y que, por lo tanto, no controla. Está seguro de su moral, porque su moral tiene su fundamento en la única roca sólida que cabe concebir: el pensamiento racional, y aún más, científico. Esta es su *hybris*, su soberbia. Y si la soberbia es, como enseña la iglesia católica, el pecado luciferino por antonomasia, quizá sea él, y no el Dugpa, quien desata las fuerzas de lo diabólico. O quizá el Dugpa no es sino la *ocasión* para que se haga patente su soberbia; la cristalización externa –el efecto sin causa *visible*— de sus demonios interiores —a esto me refería al comparar esta figura con la del Golem—; y, en la dimensión simbólica del relato, de los demonios interiores de Europa.

Skoper ha querido «experimentar» con la «magia». Un castizo –y cauto— refrán castellano dice: «los experimentos, con gaseosa», dando a entender que hay que ser prudente cuando no se sabe con qué puede uno encontrarse. Pero Skoper no se ha parado en barras, no se ha limitado a la «gaseosa»; a falta de un pañuelo se ha lanzado a ciegas a un experimento realizado sobre el mapa de Europa, en lugar de renunciar hasta mejor ocasión. Para su pensamiento materialista un mapa es sólo un símbolo, sólo guarda una relación *ideal* –de hecho, convencional— con lo que representa. Para él lo que está a punto de suceder en el momento en que despliega el mapa es, como se dice tópicamente, «sólo un juego». Pero aquí se esconde otro de los mensajes de Meyrink, que ha utilizado este término, «juego», desde el título; pues Meyrink sabe que para las culturas aún vinculadas a lo sagrado, el juego no es algo desdeñable o inane, sino un

⁴⁴ Nietzsche puso de relieve este prejuicio del pensamiento occidental ya en 1881, en *Morgenröthe. Gedanken über die moralischen Vorurtheile* (*Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales*). Esto es lo que dice en el fragmento 128, titulado «El sueño y la responsabilidad»: «¡De todo queréis ser responsables, excepto de vuestros sueños! ¡Qué miserable debilidad, qué falta de consecuencia! ¡Nada os es más propio que vuestros sueños!». Cit por la edición de Colli y Montinari (1999), Berlin/ New York, De Gruyter, Bd. III, 117.

símbolo del acontecer cósmico⁴⁵. Por eso, además de estar al servicio de la decoración esotérica del relato, el recurso del mapa sirve a Meyrink para alcanzar sus fines, a saber, la comprensión de las razones más ocultas de la guerra europea. Y esto no significa el rechazo de las otras, más explícitas, más vinculadas a lo real— material, a la economía, a la política. Significa la reivindicación de otras razones, imponderables si se quiere, pero que también se han puesto en juego: las psicológicas. La mutua desconfianza —los grillos se agrupan sobre el mapa y miran con recelo a sus vecinos—, las inquinas, los rencores, incluso una desconocida voluntad de matar y de matarse —los psicoanalistas hablarían de un «instinto tanático»⁴⁶— serían, pues, otros tantos motivos, quizá más poderosos en tanto que desconocidos o negados y, por consiguiente, sin remisión.

Desde los días en los que Meyrink escribía su relato —un relato que, como puede verse, ha tenido escasísima repercusión— las cosas no parecen haber cambiado. El europeo y, en general, el occidental, el hombre de raza blanca, sigue queriendo ser solamente un Skoper, un Phak, y renegando de esa parte de sí mismo que resulta ingrata a su narcisismo. Nada se aprendió de la Gran Guerra, y el mundo tuvo que asistir, horrorizado, a un segundo Juego de los Grillos aún más sangriento y bestial. Apenas extinguidas las llamas del gran incendio, pequeños, pero terribles focos se reactivaron aquí y allá, hasta llegar al día de hoy, cuando nuevos e irredentos Skoper acaban de desplegar sobre la mesa mágica del Dugpa un mapa del planeta que ha dejado de gustarles, asumiendo con arrogancia unas responsabilidades en las que no creen. Algunos, bastantes creo —pero sin fuerza suficiente— escuchamos en torno nuestro «*el zumbido de miles y miles de alas que producen un sonido fuerte, como un canto que penetra hasta la médula de los huesos, un estridor que no se puede olvidar, en el que se mezclan un odio infernal y los atroces tormentos de la muerte*»⁴⁷. Y recordamos las otras palabras escritas por Meyrink en una novela publicada, con el mismo motivo, en 1917:

Una vez al año, el 30 de abril, se celebra la noche de Walburga. Y entonces, tal como piensa el pueblo, el mundo de los fantasmas queda en libertad. ¡También hay noches cósmicas de Walburga, excelencia!. Se encuentran demasiado separadas en el tiempo como para que la humanidad pueda recordarlas, de ahí que siempre parezcan nuevas, fenómenos que nunca habían existido.

⁴⁵ Cfr. FINK, E. (1960). *Spiel als Weltsymbol*. Stuttgart, Kohlhammer, o el más conocido, aunque menos explícito, de HUIZINGA, J. [1944] (1987) *Homo ludens*. Trad. esp., Madrid, Alianza Editorial

⁴⁶ No de otro modo interpretó Freud la Primera Guerra Mundial en sus *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*, redactadas, según James Strachey, editor de la obra de Freud en inglés y gran conocedor de su biografía, entre marzo y abril de 1915. Cfr. CHAMORRO, E. (1991). «Anotaciones a un texto de Freud recientemente aparecido: “Nosotros y la muerte”». *Revista de psicoanálisis de Madrid*, 13, 109-126 (110)

⁴⁷ MEYRINK, G. (1981), 64. He alterado los tiempos verbales pasándolos del pretérito imperfecto al presente de indicativo.

Ahora se ha desatado una de esas noches cósmicas de Walburga.

Lo superior se trastoca en lo inferior. Los acontecimientos se enfrentan sin causa aparente; y de nada valen ahí los razonamientos «psicológicos» (...) De nuevo ha llegado el momento en que pueden destruir sus cadenas los perros del cazador salvaje⁴⁸.

* * * *

Puse el punto final a este escrito el diecisiete de abril de 2003, día de Jueves Santo. No hubo en ello premeditación alguna; por otra parte, en caso contrario habría forzado la situación para llegar a la Noche de Walburga o, sin esperar tanto, a Viernes Santo, fecha no menos lúgubre. Cualquiera de ellas habría concordado bien con mi estado de ánimo ante la más reciente edición del juego de los grillos. Aunque, ¿quién sabe? Tal vez la fecha de Jueves Santo tenga algún sentido que desconozco. En todo caso, al especular sobre este dato me viene a la memoria una frase escrita por un autor que nada tiene de ocultista: Thomas Mann. La frase dice: «*Espera hasta Viernes Santo y verás que pronto llega la Pascua*».

Lo malo es que quien la pronuncia es el diablo que propone el pacto a Adrian Leverkühn en *Doktor Faustus*⁴⁹.

⁴⁸ MEYRINK, G. (1994), *Walpurgisnacht*. Berlin, Verlag der Nation, 101. Hay traducción española: *La noche de Walburga*. Barcelona, Bruguera, 1983.

⁴⁹ MANN, TH. (1971), *Doktor Faustus*. Frankfurt a.M., Fischer Verlag, 235.